

Crack up, dear Tutsi-pop¹

Por Juan Pablo Anaya

Por supuesto, todo goce es consecuencia del desgarre de uno o más tejidos, pero los hechos que asociamos a la sensación de placer, los que quedan impresos en la mente —como son la abundante lubricación vaginal, la respiración agitada, la eyaculación o el espasmo que relaja la espina dorsal— son sólo efectos de un proceso corporal que no se observa a simple vista. Existe, además, otra fisura que se ensancha en el interior de uno mismo, la cual no se percibe hasta demasiado tarde, cuando ya no es posible hacer algo al respecto, y entonces, una se da cuenta, irrevocablemente, de que en cierto sentido jamás volverá a ser esa mujer que sonreía con desenfado. La carne se rasga en los procesos de repetición en los que el deseo se ha apoderado del cuerpo; la personalidad se quiebra cuando la búsqueda de regocijo ha abierto un pasadizo antes ignorado en que nos adentramos perplejos. Tal vez ambos procesos sean uno mismo.

Antes de seguir, una observación general: la prueba que da evidencia de una inteligencia saludable es la capacidad de imaginar el fracaso y aún así estar decidido a jugar una segunda partida. Esta filosofía se amoldaba bien a mis primeros años de vida adulta, cuando me di cuenta de que lo improbable se tornaba realidad. Con el tiempo había aprendido a vislumbrar una dificultad mayúscula, afrontarla y salir avante. La vida era algo que se podía dominar; bastaba inteligencia, estrategia y esfuerzo o la suma que de ellos pudiera reunirse. Ser una doctora que realiza investigación para la industria farmacéutica fue una empresa que me llamó la atención a finales de la carrera. Jamás tendría la fama de una especialista, nunca haría un trasplante de corazón, pero tampoco vería morir a nadie en el quirófano. No llegaría a tener la potestad de un doctor en una sala de operaciones, no requeriría del pulso fino que interviene la carne viva, pero echar

¹ texto generado para la publicación *Monstruo* del Centro Multimedia, CNA.

a andar un nuevo fármaco en el mercado reclamaba también orquestar varios factores con precisión. Obviamente, la decisión dejaba fuera escenarios que había previsto durante mis estudios, aunque si algo es cierto es que al decidir mi especialidad no tuve deseos de inclinarme por aquellas opciones.

Los dos asuntos que me incomodaban de mi juventud —no ser una chica tan atractiva y no haber tenido dinero para comprar ropa o ir a fiestas— se resolvieron mediante la tarea de edificar un perfil profesional confiable. Vivía con la certeza de que mis frustraciones juveniles estaban superadas por la manera con que logré pagar mis estudios, conseguir un trabajo y así ganar una cantidad de dinero que no hubiera imaginado. Soporté largas horas de encierro frente a la computadora ya sea escribiendo un proyecto para un cliente o un estudio de mercado; tras varios borradores fallidos dominé el oficio. Vi el celo de mis compañeros y perdí algunas amigas cuando comencé a ascender más rápido que muchos. Las cosas transcurrieron de esa manera, mientras, estaba convencida que quería la vida de confort por la que había luchado. Incluso renuncié a un puesto seguro para apostar a ser líder de proyecto en otra empresa y lo conseguí. Surcaba el sin sentido que a veces percibía —sobre todo los domingos— con la inercia suficiente, como una flecha que atraviesa por encima de la nada; ya la enfermedad y la vejez me harían caer. Antes que esto sucediera, sin embargo, pensaba que a los cuarenta y cinco, aproximadamente, tendría el dinero necesario para estar tranquila —quizá la vida con mi pareja seguiría estable— y habría tiempo para poner las cosas en su lugar.

Entonces, un día por la noche en una fiesta, tras un accidente, mi personalidad comenzó a resquebrajarse. Salí a fumar, paseaba por el patio trasero de la casa. Me tropecé, caí entre los castillos y desechos de una construcción. En el momento el asunto me pareció sin importancia. Puedo señalar sin embargo aquel acontecimiento como el

principio de todo porque las cortadas que me dejó el incidente en la pantorrilla derecha fueron las primeras que no tuve la urgencia de sanar.

Un tejido como la piel está constituido por un conjunto de células diferenciadas con un comportamiento fisiológico específico. Una herida consiste en hendir la continuidad de este tejido con un grado de fuerza y agudeza tal que no pueda ser absorbido por esa organización celular. Las heridas se clasifican principalmente según el espesor de la lesión y según el agente que las causa. Las que me provoqué al caer fueron mucho más profundas que un corte epidérmico, aunque no atravesaron el tejido celular subcutáneo. Eran fierros viejos —alambres y varillas— los que alcanzaron a rasgar mi pantalón y aproximadamente veinticinco centímetros de mi pantorrilla en distintas direcciones. Tras el accidente, creo que me apresuré a salir de ahí pues no podía apoyarme en nada y tenía miedo a volver a caer entre los escombros. El caso es que no recuerdo ninguna sensación de dolor ligada a ese momento. Regresé a bailar a la fiesta, el lugar estaba oscuro y no fue sino hasta que fui al baño antes de irnos que pude ver las heridas. Decidí no alarmar a mis amigos. Pero al llegar a casa le llame a un compañero de la escuela y le dije que necesitaba que me atendiera. Creo que yo misma hubiera podido suturar la lesión pero necesitaba una mirada externa. Tras revisarme me dijo que quizá el shock de la caída anestesió mi sensación de dolor, después se burló, ¿estás segura que esta es tu pierna?, bastante serio al final me dijo que el músculo y los ligamentos se habían salvado por poco.

Al otro día, como es normal, el pus había adherido el vendaje a las cicatrices. Mientras lo cambiaba, Vicente, mi novio, llegó a la casa y entró confiado al baño. “Cucú”, dijo, mientras habría la puerta, segundos antes de quedarse pasmado mirando la escena. Más tarde no dejaba de interrogarme. Ya te expliqué cómo fue; no sé por qué no me di cuenta. Quería salir a cenar o ir al parque pero él, de manera estúpida, comenzó a

hacerme exámenes velados de sensibilidad táctil. Y entonces se excitó. Creo que la causa fue la proximidad de mis lesiones.

-¿Esto sí lo sientes, mi amor?

-No.

Extrañaba el calor de su cuerpo. Estaba molesta pero me encargué de cerrarle la boca.

La primera vez que me corté fue pocos días más tarde. Estaba en la oficina, tenía que completar un análisis de mercado para el día siguiente. Empezaba a oscurecer y no lograba terminar una sección. Pronto el espacio me pareció muy pequeño, me desesperé que sólo hubiera más cubículos a los lados. No pude escribir más, borré con el espaciador un intento de oración en la pantalla. Empecé a caminar de un lado a otro de la oficina, entré al cuarto de archivos y en medio de los anaqueles me arranqué una costra. Cerré la puerta. Me bajé los pantalones y me senté en el suelo. Seguí quitándome la sangre coagulada, sentí un dolor suave; comencé a enterrarme las uñas. Había una caja bajo el anaquel, algunas bisagras sueltas de metal. Tomé una de ellas y clavé una de sus puntas en la carne delgada que habían dejado algunas cicatrices. Sentí como se rompían los tejidos y dirigí el trozo de metal a las partes que todavía no cerraban. El dolor aumentó. Por encima de mi rodilla, después, comencé a tensar mi piel con las manos, con la punta de la bisagra volví a presionar ahora en línea recta hasta que me hice otra hendidura. Inquieta de que alguien me fuera a buscar me subí los pantalones y fui al baño. Me lavé, me puse algunos vendotes, regresé a mi escritorio y terminé el trabajo.

No hace mucho me pidieron una investigación sobre autolaceraciones en la población juvenil. Los relatos de adolescentes involucrados hablaban de combatir las aflicciones y la presión social con una cierta violencia autoprovocada. Ésta en principio los aleja, distrae y produce en ellos una liberación placentera tras cruzar ciertos

umbrales de dolor. Pensé en este posible diagnóstico con cierta ecuanimidad y proseguí mis asuntos sin preocuparme demasiado. Me sentía poseedora de un secreto. Mi conducta me pareció más bien masoquista pero no le di muchas vueltas y al salir de la oficina recordé que tenía que pasar a la tintorería. Ojalá Vicente no fuera esa noche al departamento pues no tendría cómo explicarle la cortada sobre mi rodilla.

Apenas uno o dos días pasado el incidente se fue apoderando de mí el instinto de que debía estar sola. Mi nivel de sociabilidad era el promedio, pero tenía la tendencia a aferrarme de alguna o algunas personas de cada nuevo lugar al que llegaba. Me preguntaba qué pensarían de mí y me sorprendía a menudo en busca de su aprobación. Desarrollaba tal apego que terminaba por sufrir fuertes decepciones —un saludo desenfadado o un rostro de desinterés bastaba— aunque quizá en muchos casos simplemente mi reacción era excesiva. Esta vez, sin embargo, las cosas en verdad se complicaron.

Primero fue mi amiga Sandra. Hacía poco nos habíamos distanciado, creo que algo tuvo que ver mi reciente ascenso laboral y los celos que le daba verme con Vicente. La llamé por teléfono para ir por un café. Primero me rechazó alegando que tenía mucho trabajo. Le dije que estaba muy estresada que incluso eso me había llevado a herirme un poco la pierna. ¿Qué? Lo que oíste. Se quedó en silencio. Me invitó a pasar la noche en su casa. Había terminado de bañarme cuando de improvisto empezó a llamar inquieta a la puerta del baño. Se molestó porque había cerrado con seguro. Me miró y se horrorizó al ver la herida a lo largo de mi pierna. Noté que había escondido los objetos punzocortantes que siempre estaban en el baño —rastrillo, tijeras, pinzas para depilar—. Después, cuando terminé de vestirme, ya más tranquila, me sirvió un buen plato de pasta caliente.

-No sé qué decir.

-No digas nada.

-Pero estoy realmente preocupada. Podrías ver a un doctor, tomar algunas pastillas. Yo las tomo cuando estoy deprimida. Incluso podrías ver a mi doctor, pero temo que te enviaría con un psiquiatra.

A Vicente le conté creo que un día después. No había opción, en cualquier momento me vería desnuda. Le dije que me había estado enterrando las uñas y sugerí que también había utilizado un objeto de metal, se alteró y me pidió que le mostrara la herida. Me negué, pero él tiró de mi pijama y dejó al descubierto, además de las viejas marcas, el corte longitudinal que ahora tenía por encima de la rodilla. Me preguntó si él era el problema, si no me gustaba mi cuerpo, me hizo prometer que no lo volvería a hacer y comenzó a vigilar mi conducta. Hubo varias escenas ridículas, en una de ellas estaba cortando zetas con un cuchillo sobre una tabla, iba a hacer una sopa. Estaba inquieta por su textura carnosa, por la resistencia que oponían al filo de sierra, distraída en estas sensaciones llegué a mi pulgar y sentí cómo entraban sus dientes en la yema. Tras una exclamación de dolor, comencé a sentir muchas ansias. Subí a la azotea, tenía deseos de morderme un poco pero él subió tras de mí y me contuve.

Las cosas llegaron a un límite el miércoles pasado en una cena del trabajo, la verdad es que no había dejado de hacerme algunas heridas. Estábamos en un buen restaurante con los dueños de una cadena de farmacias. Mi jefe estaba contento conmigo, de hecho me había felicitado por el análisis de hacía unos días. Cuando dije que no tomaba alcohol uno de los ejecutivos de la otra compañía me presionó, esto no es alcohol es un buen vino. Acepté que me sirviera. Empezaron a hablar de algunos productos recientes que habían salido al mercado, de experiencias negativas en su comercialización. Trajeron la comida y un rechinado en la loza alertó mis oídos. Estaba al pendiente del sonido de los cubiertos y seguía bebiendo. Vi como mi vecino clavaba

el tenedor en un trozo de pollo, lo deshebraba y lo sumergía en un *gravy* agridulce. Quería tocar con las manos la carne que me habían servido. Mi mano izquierda parecía tener vida propia. Con un movimiento torpe hizo chocar levemente los cubiertos con el plato, tuve que detenerla con mi otra mano. Me preguntaron por un medicamento antiarrugas cuya identidad yo había diseñado, sólo pude decir que no lo recordaba. Me levanté para ir al baño. Había escondido el cuchillo de la carne en mi saco y tras la puerta del WC comencé a enterrarlo en mi brazo. Cuando sangraba, encajé los dientes en la piel abierta. Varias gotas de sangre cayeron al suelo. La encargada que trapeaba me preguntó si estaba bien. Le dije que sí; limpie el suelo, mi brazo y salí de inmediato. Fui a la mesa, me puse el abrigo, inventé alguna emergencia y me retiré.

Quería estar absolutamente sola. Le hablé a Vicente y le dije que me quedaría con Sandra. Fui al súpermercado, compré ropa interior, un camisón, dos cuchillos, uno con sierra y otro liso con mango de metal, dulces, coca-cola, alcohol, aspirinas y algunos trapos. Me hospedé después en el Hotel Ticomán, donde difícilmente me encontraría con alguien conocido.

He pasado poco más de dos días en esta habitación. A pesar de que he estado a solas de ninguna manera podría decir que el tiempo en este lugar ha sido desdichado. Tras cerrar la puerta comencé de nuevo a morder mi brazo. Entonces hice una pequeña incisión con el cuchillo en los bordes abiertos de la carne y después los mordisqueé con los dientes. Repetí esta acción hasta que empecé a arrancar algunos pedazos pequeños. Estaba en el suelo, a los pies de la cama. A veces pasaba la lengua, otras succionaba un poco. Disfrutaba el calor de mi sangre por lo que me acosté boca arriba, levanté mis piernas tomándolas con mis brazos, rasgué mi pantalón y comencé a clavar el cuchillo en la vieja herida encima de la rodilla. Dejé que la sangre goteara en mi cara. Moví el

cuchillo en nuevas direcciones. Estuve un buen rato con la cara pegada a mi pierna oliendo la sangre y sintiendo su calor. Ahí acostada me quedé dormida.

Por la mañana llamé al trabajo. Tengo un problema, no podré asistir, dije. Mañana estaré a las 9 en punto. Me bañé, pedí algo de comer, me hallaba sumamente cansada. Dormité varias horas tratando de no pensar. En los intervalos comencé a hacer listas. Primero, las células de la epidermis y la dermis, luego repasé los nervios de la piel —los que reciben los estímulos sensitivos, corpúsculos de Meissner; el dolor, las terminaciones libres mielinizadas; las sensaciones de calor, los corpúsculos de Rufini; el frío, los bulbos de Krause—. Abrí unas Lunetas que compré en el súper y entonces empecé a hacer una lista de golosinas confitadas, aquellas que prometen otros sabores tras quebrar su superficie —Bubaloo, Selz Soda, Tutsi-pop, Crack-ups—. Estaba contenta. Nena, *crack up this* Tutsi-pop. Reinicié el ritual, había llegado la noche.

Me puse un camisón nuevo. Dirigí el filo a las heridas de la noche anterior. Me vi al espejo. Como si cortara el carbono y el vapor de agua que cubren la piel, comencé a pasar el cuchillo con mango de metal por mi barbilla, mis labios, mi párpado derecho, la frente. Ahí me hice una primera incisión con la punta, después a la altura de la ceja, baje el filo e hice otra en el pómulos del mismo lado. Podía sentir, luego, existía, o mejor, sentía algo nuevo, mi cuerpo y la experiencia de goce, su vínculo. Apenas pensaba esto sentía pudor por la condición inconfesable en que me encontraba. Era como una niña dejada a solas en un cuarto. Finalmente me había diluido pero seguía ahí, como un perro que tras haberse mordisqueado con otro saca la lengua satisfecho. Aunque el único animal en esa habitación era yo.

Experimenté en esos dos días una vida casi en silencio, una vasta irresponsabilidad hacia cualquier obligación, una declinación de todos mis valores. El viernes no fui capaz de llamar al trabajo e inventar de nuevo un pretexto, simplemente

no me presenté y apagué mi teléfono. En esa interminable mañana, guardada en el hotel, escuchaba los claxons y los ruidos de los autos en la avenida, su agitación me parecía el bullicio de otro planeta. El plato extendido en que me sirvieron el desayuno tenía una fractura casi invisible que lo atravesaba y varias marcas de uso en su superficie. Alguna vez debió haber lucido una apariencia blanquecina y homogénea que le permitía integrarse bien a la vajilla del hotel. Hoy estaba a punto de ser destinado a la losa en la que comen los empleados sino es que a la basura. Pronto la fisura se haría más visible y traería una mirada atenta sobre él, la posibilidad de su cuarteadura se haría evidente. Pero también el suelo que sostenía a este edificio, las paredes o el cerro que se alcanzaba a ver tras del hotel tenía fisuras. Sentí reaccionar en cierta forma ante esta idea. Eran aproximadamente las dos de la tarde. Pensé en alejarme de ese cuarto, maquillarme con meticulosidad, caminar con todo cuidado cual pieza de loza tajada y enfilar hacia el trabajo. Pero no pude salir y finalmente me quedé acostada de lado sobre la cama viendo los rayos de sol que se colaban por entre las cortinas. Por supuesto, me dije, hay una grieta en todas las cosas, así es como la luz penetra en ellas.²

² Relato basado en la película *Dans ma peau* (2002) de Marina de Van.